



## 5 ANÉCDOTAS PARA RECORDARLO

Reviví la historia en el libro *QUINQUENIO*,  
de Jorge Señorans y Luis Inzaurrealde

### 1993 - *Tony y los zapatos del Chueco*

A propósito de respeto y del legado, el pelilargo Antonio Pacheco, que con 16 años lo ascendieron en 1993 al plantel principal, llamaba a Perdomo por el apodo de “Jefe”. El respeto no se negociaba, estaba intrínseco y lo asumían como parte del manual de estilo. En esos códigos de vestuario y que impone la historia de Peñarol, los juveniles eran capaces de soportar el dolor de las ampollas de los pies a hacer un desaire a un histórico. Perdomo lo resume en una anécdota.

“En su primera práctica en el plantel principal veo a Pacheco con unos zapatos que no daban para practicar, así que como calzamos más o menos lo mismo le regalé unos Adidas que tenía nuevitos. Al tiempo me enteré que le quedaban chicos y le hicieron unas ampollas bárbaras, pero que se los ponía en todos los entrenamientos, porque recién lo habían ascendido y cómo me iba a decir a mí que no iba a utilizar los zapatos que le había regalado, les decía a sus compañeros jóvenes”.

Para Tony, el Chueco era “El Jefe”. “En la cancha lo veía como un comandante. Ordenaba y dirigía. El Chueco, criado en Peñarol, ganador a todo”, explica expresando el más profundo respeto en cada palabra. Así lo veía ese pibe de 16 años que, de pronto, había llegado al lugar que soñaba. Ahí estaba junto a Perdomo y Diego Martín Dorta. El otro

“Jefe”, como le decía Tony. “Diego Martín llegó de Central y enseguida se puso la de Peñarol. Parecía que la tenía pintada. Todos los llamábamos de esa manera”.

Pacheco la cuenta desde la óptica del chiquilín de 16 años. “En esa época no es como ahora, tenía un solo par de zapatos que estaban un poco desgastados. El Chueco me miró y me dijo: ‘¿Cómo vas a entrenar con esos zapatos?’. No sabía que decirle. Me preguntó cuánto calzaba y allá fue, trajo unos nuevitos, que tenía. Lo que nunca supo el Chueco, que en ese momento era el ‘Jefe’, que me quedaban chicos. Nunca se enteró de eso hasta muchos años después. Con esos zapatos jugué seis meses hasta que me animé a ponerme los viejos, que me quedaban bien. ¡Mirá si iba dejar de usar un par de zapatos que me había regalado el Chueco! No me los quería sacar, aunque me lastimaran. Además, me sacaba cartel en el barrio, decía: ‘Me los dio el Chueco’”. Reflexiona con la experiencia del camino recorrido y con el dolor que aún siente en carne propia cuando lo recuerda. “¿Si me dolían los dedos? Me duelen hasta hoy. Pero valió la pena”.

### **1994 - ¡Te voy a matar Bola!**

En medio de esta situación, en Los Aromos se registraba una de las anécdotas que marcaron un momento único, según recuerdan los protagonistas. A Gregorio lo habían operado de una hernia inguinal. El invierno no daba tregua, llovía sin pausas y la cancha del complejo aurinegro era un barrial. Al técnico le habían dado el alta, pero debía quedarse en su casa. ¡Mirá si Gregorio se iba a quedar encerrado! Obsesivo del trabajo, allá fue. Se abrigó y se paró en la mitad de la cancha, tomando todas las precauciones del caso para no recibir un pelotazo.

Los jugadores sabían de su operación, así que los reunió en el medio de la cancha y les dijo después de dar todas las indicaciones sobre el trabajo que iban a desarrollar: “Yo me voy a parar en la mitad de la cancha muchachos, traten de esquivarme”.

Habían terminado de calentar, y todavía estaban en la rueda, hablando, cuando mira al Bola Lima -quien era excesivamente impulsivo y jugaba las prácticas como si se tratara de partidos oficiales-, y le dice en broma: “¡Y vos tené cuidado Bola!”. El defensa se ríe, se dio vuelta y enfiló para su sector, allá, en el lateral izquierdo. Gregorio sabía bien los riesgos que corría, por la forma de jugar del Bola, pero consideraba que este aviso había cumplido su parte de prevención. “Era así, no era mal intencionado, era temperamental. Y él agachaba mucho la cabeza porque transportaba”, recordó el entrenador.

El movimiento arrancó sin riesgos para el técnico. Todos habían entendido el mensaje. Gregorio se recuperaba de la operación. Pero el Bola apareció en su verdadera dimensión. Salieron del fondo jugando una pelota larga, con un cambio de frente del Bola y arranca el futbolista en diagonal hacia el medio. “Y yo lo veo venir...”, recuerda Gregorio. Algunos jugadores empezaron a comprender los riesgos de la situación que implicaba que Lima empezara a trepar en la cancha mirando al piso y le decían: “¡Cuidado Bola!”. “Venía como un toro -recuerda Gregorio-, y le grito: ‘Cuidado Bola que estoy parado acaaa’”. Y se lo llevó puesto. Gregorio terminó enterrado en la cancha, con las piernas para arriba y le saltaron los puntos. “¡La puta madre, Bola! ¡Te voy a matar!”, le gritaba Gregorio, mientras Lima no sabía para dónde arrancar. Entre varios jugadores lo tomaron de los brazos al técnico, y como si se tratara de un muñeco, lo pararon, lo acomodaron como pudieron y lo dejaron en la mitad de la cancha. Enseguida se acerca un Lima compungido y preocupado y lanza: “Disculpe Gregorio. No lo vi”. Y Gregorio, dolorido, le grita: “¿Cómo

no me vas a ver si mido 1,85! No me vas a ver...¡arrancaste 40 metros con la pelota derecho a mí y encima le pegás!”.

Esa tarde, el técnico terminó en el Sanatorio porque le habían saltado los puntos.

## **1995 - Los viajes, un mundo aparte**

Luis Romero contó una anécdota de película que vivió con su compañero de habitación, el Vasco Aguirregaray, en una gira por China.

“El Vasco te preparaba el baño de inmersión con jaboncito, todo, y te lo dejaba pronto para que vos llegaras y te metieras. Era algo único, un compañerazo. Pero resultó que ese día pasaron como 15 o 20 minutos, habíamos llegado cansados, entonces le digo en el tono portuñol que él manejaba: ‘Oscar, ¿qué pasa?’. Y me responde: ‘Nada Lucho, nada’. Y le digo: ‘Bueno bañate de una vez que me quiero bañar yo’. Qué pasaba, en China, donde están tan adelantados en tecnología, el agua salía cuando pasabas la mano por debajo de la ducha y el Vasco no le encontraba la vuelta. Unos minutos después, me dice: ‘Ah, Luis no hay caso, vení que no aguanto más’”.

De esa gira por Asia el Lucho contó otra historia. Resulta que, a las pocas horas de estar en territorio chino, Gregorio saludó al ataché que tenía el grupo y en la despedida le dice: “Tomorrow (mañana, en inglés)”. La cuestión era que entrenábamos de tarde, pero Gregorio le había dicho ‘Tomorrow’.

El técnico había entendido que lo saludaba en japonés, pero Gregorio le respondía: mañana, en inglés.

Eran las 16 y el ataché no aparecía. Todo el plantel estaba esperando abajo para ir a entrenar. El hombre no llegaba y el técnico se había puesto nervioso. “Este pelotudo no viene, ¿qué pasa?”, decía el DT. Entonces interviene Romero que le dice: “Gregorio, pero vos no lo saludaste al hombre, le dijiste que viniera mañana”.

¡Para qué! Allá fue, llamó, el hombre vino y le quería explicar a Gregorio que le había dicho hasta mañana.

En esos viajes que demandan muchas horas de vuelo el que sufría era el Vasco Aguirregaray. El hombre era reacio a viajar en avión. Sufría los vuelos.

## **1996 - ¡Napoleón!**

El quinquenio en el horizonte. Y sobre las espaldas del profe Alejandro Valenzuela la responsabilidad del año puente. Para llegar al quinto campeonato había que cruzar. Era apenas un amistoso, pero Valenzuela no ocultaba su estado de ánimo.

“Yo era un saco de nervios. La verdad, estaba medio asustado (risas) por no decir otra cosa... Entonces, entre los nervios y las pocas palabras que me salen en esos momentos, se me ocurrió decirle a los jugadores la única frase de Napoleón que yo sabía, no sabía ni una más: ‘vístanme despacio que estoy apurado’. Fue una forma de decirles que jugaran tranquilos para no correr riesgos de una lesión muscular”.

Atrás había quedado un calentamiento particular donde al cuerpo técnico lo había impactado la intensidad que ponían los jugadores.

Aquel Peñarol, convertido en una especie de topadora que arrasaba con cuanto rival se interpusiera en su camino, generaba obligaciones. Y 1996 no era un año más.

Adentro del vestuario esperaba el técnico Jorge Fossati para la primera charla técnica previa a un partido. Para un grupo acostumbrado a las formas y maneras de Gregorio Pérez, todo resultaba nuevo.

Peñarol inició el ciclo de Fossati con victoria 2-1 ante la selección de Armenia en el Campus de Maldonado.

Claro, lo que jamás imaginó el profe fue que, terminado el partido, el capitán Bengoechea se le arrimara para mandarle un mensaje cortito. Con su particular tono de la frontera, el 10 lo miró a Valenzuela y le disparó: “Mire que esa de Napoleón es ganadora...”.

El profe se quedó pensando. Entendió el mensaje. Pero desconocía la cara oculta de Pablo. Sus cábalas. “¡Me tuve que comprar la biografía de Napoleón! Un libro recuerdo que era ‘Reflexiones de Napoleón’ (una antología de frases) y el otro ‘Biografía de Napoleón Bonaparte’”, rememoró el preparador físico.

Las frases de Napoleón pasaron a ser sagradas para aquel grupo. Todos los partidos, antes de salir para al Estadio, el profe tenía que decir una frase. Pueden creer que pasaron dos amistosos, el clásico de verano, una serie de partidos del Apertura y de la Copa Libertadores, y siempre estaba Napoleón.

Resulta que allá por abril de 1996, luego de 11 partidos sin conocer la derrota, Fossati termina la charla técnica y como siempre ocurría le pregunta a Valenzuela: ‘¿Algo para decir profe?’.

Fossati tenía claro que el hombre debía citar la frase ganadora. Sin embargo, el profe respondió que no tenía nada para decir. El silencio se apoderó de la sala. Se levantaron y se fueron a buscar los bolsos a sus habitaciones para viajar rumbo al Centenario a jugar contra Universitario de Perú.

“Y no perdemos ese partido... El tema es que Pablo se fue a jugar con la selección y yo convencido dije, ta, Bengoechea se va a olvidar de la derrota (1-2 en el Centenario). ¡Qué se va a olvidar! Al regreso, apenas me vio me vino a buscar. ¡Mamita querida! Me miró con esa cara seria que tiene, y me dijo: ‘usted no mencionó a Napoleón’, recordó el profe entre risas 20 años después.

## **1997 - Aferrados a las cábalas**

Se podrán imaginar que luego de aquel memorable triunfo ante Nacional los jugadores se aferraron a todas sus creencias. En el particular mundo del fútbol las cábalas son moneda corriente. Y si se gana, al partido siguiente hay que vestir de la misma forma, sentarse en el mismo lugar, cenar lo mismo que la noche previa al partido, ponerse las mismas medias o, como en el Peñarol de Gregorio, encontrar un carro de caballo antes de llegar al Estadio. Si no lo encontraban, el ómnibus no podía entrar a la zona del Centenario.

“Ese fue el Negro Ruben (Pereira) que empezó con que antes de llegar al Estadio había que encontrar un carro de caballos. Entonces íbamos todos mirando por la ventana a ver quien encontraba el carro primero”, reveló el Canario Nelson Olveira.

El tema es que, cierto día, el ómnibus fue avanzando por Camino Maldonado y nada. Seguía y seguía y el carro no aparecía. Y el sudor empezó a correr sobre la frente de los más cabuleros, entre los que se encontraba Pablo Javier Bengoechea.

“Se avanzaba en el ómnibus y los jugadores tenían que ver un carro. Pero no aparecía. No saben lo que fue aquello. Si no veían un carro entraban mal, entonces le empezaron a pedir al chófer que aminorara la marcha”, contó el profe Barreiro. “Y estábamos llegando al Centenario y el carro nada y se empezaron a volver locos los jugadores a los gritos. Gritaban que parara, ¡para el ómnibus!, le gritaban al tipo”, recordó a las risas.

El trayecto del ómnibus desde Los Aromos al Centenario era todo un ritual. Cuando se llegaba a la Policía Caminera, Gregorio se paraba y se sacaba el saco. Siempre.

Los lugares se respetaban a morir. “Si te sentabas en otro asiento te sacaban a patadas”, acotó el profe que reveló que iba siempre con José Enrique De los Santos. En el fondo se armaba una barra numerosa con el Vasco Aguirregaray, Bengoechea, Romero, Olveira, entre otros.

Cuando el vehículo llegaba a 8 de Octubre y Centenario tenían que ver a dos señoras que desde lo alto del edificio esperaban para saludar y los jugadores respondían con las manos.



### **QUINQUENIO. La historia por sus protagonistas, un libro de Jorge Señorans y Luis Inzaurrealde**

Los inolvidables viajes al Centenario los días de clásico, el ritual de encontrar un carro de caballo antes de llegar, como cábala. De don Gregorio a Fossati. La campana de la entrada de la concentración que tocaba Otero, esperar que Martín Rodríguez se duchara para partir al Estadio, las inefables salidas del Vasco Aguirregaray, el corazón del Caballo De los Santos, la calidad de Pacheco, la alegría del Pato Aguilera, las cábalas y la clase de Bengoechea, el liderazgo del Tano Gutiérrez, el ejemplo del Chueco Perdomo. Y el todos juntos que surgió como grito de rebeldía.

Cinco años de mate y tambor. El asado de los miércoles con un vasito de vino. Infatigables horas de entrenamiento. Pase cruzado, avalancha y cabezazo. Un apasionado y esforzado trabajo de perfeccionamiento para lograr una fórmula exitosa. Horas y horas de concentración jugando a las cartas, al casín o, simplemente, charlando de la vida. Asadera de pizza y bochas allá debajo de los árboles de Los Aromos.

Cinco años de pregonar con el ejemplo. Los ladrillos arriba de los autos, como clara señal para los jóvenes que ganaban su primer dinero para que pensarán en la casa antes que en un auto de lujo. El traslado de un legado, de una forma, de la solidaridad como bandera y el compromiso y fidelidad a una causa como única moneda de pago del éxito. Vivir para Peñarol.

Cinco años esperando cada fin de semana la llegada del Contador para sentarse alrededor del hombre que contaba historias increíbles y tenía gestos solidarios.

Llorar y reír. Caer y levantarse. Convivir con la agonía del sufrimiento y resurgir de la nada. Resurgir una y otra vez con la mística de la camiseta: a lo Peñarol.

El Quinquenio de 1993 a 1997. Una vivencia única e inigualable. Plagada de cuentos y anécdotas contados por los propios protagonistas. Un viaje a lo más profundo de la intimidad de un grupo que se ganó un lugar en las páginas de gloria del club y de la historia del fútbol uruguayo.

**\*Disponible en librerías de todo el país.**